



Otra escena de «Tres Sombreros de Copa».

cumbre en que ha de decidir entre una de las dos vidas, no tiene fuerzas suficientes y se deja arrastrar por un leve tirón de la solapa que le propina Don Rosario, el hotelero de noventa y tantos años, gruñón, lloroso, imbécil y servil.

Por el contrario, Paula, es la imagen de la fortaleza. Va en busca del amor y de la felicidad, y cuando lo tiene cerca renuncia noblemente a él, porque sabe que aquél no es el camino que Dios le ha marcado. Sacrificio maravilloso el de Paula, que en medio de su tragedia y de su dolor, vuelve de nuevo a sí misma con el «¡hop!» alegre de la pista.

Y alrededor de estos dos personajes, se configuran con fuerza propia Don Rosario, el lloroso y chocheante dueño de la pensión; Buby Barton, el director del ballet, el hombre que no tiene escrúpulos con la vida porque la vida tampoco los tuvo con él; el Odioso Señor, casi el dueño de toda la provincia, tipo perfecto del rico provinciano que tanto abunda, soez, malintencionado y soberbio; y Don Sacramento, el hombre apergaminado, futuro suegro de Dionisio, que le gustan las colecciones de estampitas en las paredes y le asustan los paseos por la calle a las once de la noche. Después todo un conglomerado de tipos diferentes: Las chicas que completan el ballet, Madame Olga, la célebre mujer barbuda de la compañía, el Anciano Militar, el Explorador, el cazador, el árabe, el indio..., y así hasta un total de veintidós personajes, que llenan y enmarcan el adecuado ambiente de la obra.

En resumen, una maravillosa obra de Mihura, inteligente en grado sumo, y dura lección para los faltos de espíritu, para los rancios, y para los acartonados en los conceptos cerrados y viciosos que rigen nuestra vida actual. Y más meritoria aún, porque escrita por los años treinta, tiene hoy todo su mismo vigor, y su misma actualidad.

* * *

«El Candil», sacó su trabajo admirablemente a flote. Las dificultades de preparación y montaje fueron incontables, además de los imponderables y de algunas de esas piedras que ponen para el tropiezo las eternas «politiquillas» contrarias a todo lo que sea progreso y civilización cristianas. Una escenografía inteligente y magníficamente realizada por Juanjo Ruiz de Luna, puso el marco adecuado a la representación, coadyuvando en igual grado, la lumino-tecnia de Emilio Sánchez del Castillo y la sincronización

musical de Gabriel Rodríguez. Interpretación sencillamente formidable de Carmina Reaño, que nos dió una Paula nueva, distinta, con más ingenuidad que mundología y con una ternura inimitable. Francisco Heras hizo el Dionisio: medido, acertado infatigable en su largo pisar por el escenario, dándonos una idea exacta de la falta de espíritu del personaje. Buby Barton, el negro director del ballet, lo interpretó José María Niveiro, algo nervioso en la escena, pero perfecto de matiz y tono de voz. Don Rosario, uno de los personajes más difíciles de la obra, lo llenó con acierto e inteligencia Amalio Monzón. Un perfecto Odioso Señor, de Moisés de las Heras, aunque hemos de apuntar que abusó en algo del retintín y el latiguillo. Y un tipo del todo conseguido: Don Sacramento, que «pintó» que se diría, Cipriano González. Y armonizados y justos todos los demás, a quienes no nombramos por no hacer la lista interminable, pero de quien resaltamos a Angelines Arriero, que nos dió una Fanny con todo el matiz de «vamp» que llevaba dentro el personaje.

La dirección de Francisco Heras, muy cuidada. Resaltamos en su meritoria labor el haber conseguido el tipo de farsa en todos los personajes, sin convencionalismos, «diferentes» de cómo se pueden ver en muchas compañías que ruedan por nuestra geografía. Pausas, transiciones y movimientos perfectamente estudiados, que quizás dieron a la obra un cierto aire de lentitud.

En resumen, otro éxito conseguido por «El Candil», contra viento y marea, y un paso más por la cultura talaverana.

Fotografías de

Antoranz

